

CLAVELES SECOS

“En este pueblo, como en otros, a todos nos dan pena nuestros muertos. Si es primavera ya que no verán los campos florecer ni disfrutarán de las risas conocidas de los vecinos que aún vivimos. Si es invierno no escucharán la campana que llena el cielo anunciando su despedida. Son de la especie que solo siente el caer del pétalo de una rosa o cómo crecen las semillas que florecen en una sonrisa. Escondidos bajo el polvo del tiempo, su recuerdo se torna como un pétalo de flores secas, quebradizo. Hay que cuidarlo para que no se escape entre los dedos de la memoria” Francisco recuerda esas palabras de su tío que asaltan su pensamiento cada vez que piensa en su madre, Juana.

Juana, no puedes olvidarte de nada. Lo tienes que anotar todo. Todo.

Es realmente precioso, ese cuaderno que te has comprado. Me encanta el color crema, la tapa dura donde se dibuja un bosque de hojas y ramas verdes y doradas que se entrelazan para formar una red que no deje escapar las ideas. Con su cinta de raso verde. Es precioso el cuaderno, de verdad.

Recuerda que está guardado en el primer cajón de la cómoda de tu habitación, al lado de los pañuelos de tela perfumados que siempre coges. Sabes que no sales de casa sin uno guardado en el pecho.

Cerrar bien las puertas del balcón.

El otoño asoma por el balcón, se cuela por las rendijas de esas viejas contraventanas silbando su fresca melodía. Así es que, tienes que cerrar bien

antes de acostarte, por la noche la brisa se enfurece y da paso al viento y ya sabes cómo se las gasta el viento en el pueblo.

Rutinas matutinas.

Sabes bien lo importante que es el aseo. Esa agua fresca en la cara con sus gotas infinitas que son como las cosquillas en los pies. Y el abrazo de tu bata azul celeste, con olor a lavanda. Recuerda que está colgada detrás de la puerta de la habitación.

Y deja entrar el aire matutino. El aire renovador. El aire de vida. El aire. Deja que renueve la casa para que siempre permanezca viva, respirable.

Hora de desayunar.

Cómo te gusta el expreso, de cafetera italiana, de las de siempre. No dejes de prepararlo **y gozar** del aroma humeante que te lleva a un viaje en el tiempo con parada en las 'sopas' de galletas María y de café con leche que desayunabas con tu abuelo en esta misma cocina y haces escala en el tiempo sin cambiar de estación viendo cómo las tomaban tus hijos junto a tu padre y... fin. Tus nietos prefieren los cereales, así es que no hay que insistir más.

La caja de las medicinas junto al azucarero. Tu hijo Francisco lo ha dejado todo apuntado. Solo tienes que leer. Leer con atención.

Juana, te encanta fregar los cuatro cacharros del desayuno para que no se acumulen en la pila. Ya sabes, «la cocina siempre recogida por lo que pueda pasar», como decía tu madre.

Qué bonita está la cama con la colcha de *pachwork* que hiciste en el taller de costura el curso pasado. ¡Qué ganas tenías de ponerla sobre la cama! Ya toca, empieza a refrescar.

Los claveles.

Toca la parte que más te gusta del día. Tus claveles. El balcón de la sala y el de la habitación rompen la monotonía de la fachada encalada con pequeñas explosiones rojas. Háblales. Musítales. Cuéntales, como haces siempre. Los claveles se alimentan de tus susurros y del agua fresca. No olvides regar los claveles. Su frescura irá más allá de los balcones. Deja que entre su perfume en la casa.

¿Y de comer, qué?

Tranquila, no te preocupes. Francisco te lo ha dejado preparado todo en unos tápers en el congelador. Solo tienes que leer las etiquetas. Leer con atención. El microondas se encargará del resto. Es fácil. Girar la rueda dos minutos. No hay que encender el fuego. Fregar los cacharros te relaja muchísimo, recuérdalo.

leyendo las tardes junto a los claveles.

El sol vespertino es reparador, alimenta las entrañas sin necesidad de comer. Sentada junto a la silla, al lado de tus claveles y al tibio calor de la tarde, las horas se hacen más llevaderas pasando las hojas del libro y acariciando los pétalos de un clavel reventón. Paseando por la memoria entre las líneas de cualquier libro. Disfruta de esos regalos que vienen con lazo incluido. Aún quedan algunas golondrinas anidadas en el vuelo de tu tejado que ponen la banda sonora a este momento.

A las seis de la tarde.

A las seis de la tarde toca la hora de estudio. La biblioteca es el lugar para compartir con tus compañeras un rato de cifras y letras. «El cuerpo hace y consigue lo que la mente le ordena. Cuidémosla, mantengámosla viva». Como dice tu profesora, hay que cuidar la mente. En los números eres realmente buena, ¿recuerdas, con tus hermanos? Fuiste la que sumaba más rápido de todos. Y en la tienda, de niña, nadie te engañaba con las vueltas. Así es que no puedes faltar a tu cita diaria.

Todavía no ha llegado Francisco. Llegará a casa sobre las ocho. Sí, con él es todo más fácil, aunque ya sé que no te gusta que te manden ni te organicen. Pero llega un momento en que los hijos toman las riendas de nuestro caballo y únicamente vamos a lomos de él. Hasta ese ratito, puedes pasear. El paseo. Nada te gusta más que pasear por los rincones del pueblo, recorrer sus cuevas, beber en sus fuentes, visitar los rincones llenos de plantas y flores que dan color a las calles, como tus claveles. Mejor no salir a campo abierto. Cuando la tarde cae, es mejor no salir a campo abierto.

«Esto no está siendo fácil», piensa Francisco cuando esa noche cierra el cuaderno por la cinta verde. Hoy su madre ha estado muy desorientada. Al verlo, a su llegada del trabajo, Juana lanza un suspiro de alivio. Ha llegado a casa a duras penas. Luisa, su compañera del taller de la memoria la ha acompañado hasta la puerta, se la encontró vagando junto a las vías del tren. Decía que buscaba sus claveles.

Francisco le pregunta cómo está y, mientras permanece abrazada a él, le dice al oído que la otra, la que le manda las cosas, ha estado muy pesada todo

el día. Antes la entendía mejor, solo bastaba con leer sus instrucciones del cuaderno, pero cada vez le resultaba más complicado entenderlo todo.

Francisco entra en casa, la cama por hacer y la colcha de *pachwork* arremolinada en el suelo del baño, junto a la bata azul celeste. En la cocina, el café derramado por el banco moja unas galletas que han quedado pastosas, incomibles. Y las medicinas andan por el suelo como diminutos huevos de pascua escondidos en un jardín.

Su madre repite machaconamente: — Me las he tomado, hijo. Sí, me las he tomado—. Ella cree que su insistencia hará real su realidad. Su realidad paralela.

—Mamá, no has comido nada. El táper de hoy está sin abrir.

—Ya... es que hoy teníamos merienda en la biblioteca y ya sabes que soy de poco comer—. Juana, siempre encuentra una salida lógica para su delirio, para explicar su realidad paralela.

Lo único que está bien son sus claveles. Frescos, regados, limpios y cuidados. En la silla del balcón descansa su libro y ese cuaderno en el que escribe y que lleva a todas partes y no deja que nadie lea.

Él intenta que cene algo, no ha comido nada en todo el día y su delgadez empieza a preocuparle. Juntos, en la mesa de la cocina, le habla de su abuelo, de las sopas de galletas y café con leche que tan a gusto se comía. Nadie preparaba los tazones como él. Francisco sonrío y le dice que eso para mañana, para el desayuno. Que ahora toca un hervido reparador con un poco de pollo a la plancha.

El cansancio de un día errático hace mella en su madre. La arropa. La besa en la frente. Ambos cierran los ojos.

Francisco no puede más, está al límite de sus fuerzas, intentando ordenar sus habitaciones interiores, en ellas está todo amontonado. «¿Cuánto más se alargará todo esto?» —No deja de preguntárselo. Han pasado varios meses ya desde que la incluyeron en la lista de espera y cada día que pasa es más difícil no desesperar ante la falta de noticias. Esa llamada tiene que llegar. Mañana lo volverá a intentar. Tratará, una vez más, de ponerse en contacto con la directora de la residencia.

Abre los ojos, apoyado en el resquicio de la puerta y piensa «¡Ay, mamá!, ¿Quién lo iba a decir? Ahí, sumida en tus sueños, con una respiración tranquila y acompasada. Juana cocinera, Juana maestra, Juana costurera, Juana economista, Juana...todo. Cuando murió papá no te quedó nadie a quien cocinar, enseñar... tu vida se fue descosiendo. El día tenía más horas de las que podías usar y te fuiste metiendo en ese frondoso bosque de ramas doradas y hojas verdes que al final te atrapó y del que ya no puedes salir. Ahora solo queda Juana niña. Sí, eres como una niña que no debe estar sola, necesitas que te cuiden y yo no puedo hacerlo. Esa llamada tiene que llegar».

Se acuesta rendido por el cansancio y cae en un sopor casi instantáneo.

Los días se suceden entre retrasos en el trabajo, fruto de noches en vela. Pasteles cocinados con sal y proporciones disparatadas. Prendas de ropa antiguas con combinaciones imposibles. Desmayos por la falta de hidratación. Gritos a la hora de la ducha. Agradecimientos a las vecinas... y sus miradas compasivas.

Uno de esos días, antes de salir para el trabajo un número de centralita ilumina la pantalla del móvil. La llamada, por fin, ha llegado. Una plaza, una vacante en la residencia. «Necesitamos confirmación inmediata y el ingreso será

inminente, a poder ser a lo largo del día». Son las últimas palabras de la enfermera que, al otro lado, espera y recibe la confirmación de Francisco.

Pedir el día en el trabajo, maletas, medicación, informes médicos, sus libros, que no se le olviden sus libros. Y ella, cómo explicárselo, cómo decirle que allí habrá otras compañeras de taller, que no hará *pachwork*, pero habrá otras manualidades y... que no tendrá sus claveles.

Su jefe ha sido comprensivo, sabía que este día podía llegar en cualquier momento. No tiene que preocuparme. Ahora toca ocuparse de todo. Despertar y hablar con mamá. Francisco toma aire y se sienta junto a ella en el borde de la cama. Cuando sale de la habitación, Juana desobedece la indicación de vestirse y busca su cuaderno. «Necesito mi cuaderno del bosque verde y dorado. Tengo que anotar todo lo que me ha dicho mi hijo. Tengo que dejarlo todo anotado para que, cuando yo no esté y aparezca la otra, sepa qué hacer. Si sigue las instrucciones del cuaderno todo irá bien. Lo de estos días ha sido un despiste, hijo, no se repetirá. Si me das el cuaderno lo anotaré todo. Nada se me olvidará».

Ya en el coche, la voz de Juana se rompe entre sollozos suplicantes. Francisco la mira con ternura y le dice que todo irá bien mientras le coloca el cinturón de seguridad. Detrás, en el maletero se amontonan trozos de vida, que la acompañarán hasta la residencia.

Por el retrovisor, Francisco ve cómo se alejan la sensación de abandono, la culpa por no estar, las noches en vela, las reprimendas; pero también las muecas alegres al final de la jornada y la silla ocupada en el balcón.

Al girar la curva se acerca la tranquilidad de saber que estará cuidada y la nostalgia anticipada.

Llama a la residencia cada dos días. Juana está bien. De vez en cuando, pregunta por unos claveles y un cuaderno con hojas o algo así. Le encanta el desayuno: leche con galletas. Las enfermeras controlan que tome la medicación y ella pasa las tardes tranquilas pintando y con juegos para la memoria, como hacía en el taller de la biblioteca.

Ahora, aunque ella no lo sepa, todo es más fácil. Todo encaja mejor. Francisco la visita cada sábado y ella le cuenta lo rico que estaba su desayuno, como las sopas del abuelo. Le muestra sus manualidades. Y, aunque a veces olvide su nombre, siempre le pregunta por sus claveles.

Francisco, entonces, baja la mirada. El precioso cuaderno de tapa dura con las hojas y ramas verdes y doradas se muere ahogado bajo el polvo y los claveles se secan en el balcón.